

*Oriol Quintana*

## LA PEREZA

COLECCIÓN FRAGMENTOS  
SERIE PECADOS CAPITALES

Oriol QUINTANA, *La pereza.*

Marina PORRAS, *La envidia.*

Oriol PONSATÍ-MURLÀ, *La avaricia.*

Adrià PUJOL CRUELLES, *La gula.*

Anna PUNSODA, *La lujuria.*

Jordi GRAUPERA, *La soberbia.*

Raül GARRIGASAIT, *La ira.*

FRAGMENTA EDITORIAL

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL  
Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª  
08024 Barcelona  
www.fragmenta.es  
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 54

Primera edición OCTUBRE DEL 2019

Dirección editorial IGNASI MORETA  
Producción gráfica ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Imagen de la cubierta Letra capitular procedente de  
Giulio Roscio, *Icones operum  
misericordiae*, Bartholomæi Grassii,  
Roma, 1586

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2019 ORIOL QUINTANA RUBIO  
por el texto

© 2019 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.  
por esta edición

Depósito legal B. 24.054-2019  
ISBN 978-84-17796-14-3



Generalitat de Catalunya  
Departament de Cultura

Con el apoyo del Departamento de Cultura  
de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

## ÍNDICE

I	La pereza en Occidente	7
II	Reivindicaciones compensatorias de la contemplación... y de la pereza	15
III	Pero ¿y si el hombre ya estuviera bien, tal cual está?	19
IV	Antropología de la pereza	25
V	Pereza y dolor	31
VI	La acedia	35
VII	La procrastinación	43
VIII	Pereza y obligaciones	51
IX	Pereza y condición media	57
	<i>Referencias bibliográficas</i>	67

## I

### LA PEREZA EN OCCIDENTE

¿HASTA QUÉ PUNTO es la pereza una característica esencial del ser humano? Si la pereza y los demás vicios son indeseables, tal y como solemos afirmar, entonces el hombre debe tener una naturaleza auténtica que estos vicios ocultan y adulteran. Si los vicios son malos —y lo son por definición—, entonces el hombre es algo así como un ser necesitado de redención o, como mínimo, de mejora. El hombre sería algo así como un santo fracasado: llamado a la perfección, tropieza una y otra vez con las mismas piedras.

Tal concepción nació en el marco de la antropología cristiana. Según esta, el hombre era un ser caído. Inicialmente vivía en una santidad permanente. Entonces no había pereza, ni lujuria, ni gula, ni nada por el estilo. Antes del pecado original, el hombre vivía en el ámbito de lo divino, en

el paraíso, al lado de Dios, bajo su ala protectora. En el momento en que aspiró a algo distinto a vivir junto a Dios, llegó el mal, la imperfección, el sufrimiento y todos los defectos corrientes de la existencia humana. Y por ello la lujuria, la gula, la ira y los demás pecados capitales tenían que ser superados o, como mínimo, modulados por la gracia, la fuerza divina que los contrarrestaba.

La Iglesia proveía del material necesario para pasar por esta vida de la manera más digna posible, hasta la restauración de la situación preadámica. Por ejemplo, el padre Claret, en el siglo XIX, escribió un libro cuyo título resumía a la perfección esta idea: *Camino derecho y seguro para llegar al Cielo*. La vida humana en el mundo solo era un estado transitorio. En esto consistía la vida humana según el cristianismo: en una preparación para alcanzar la auténtica vocación y naturaleza después de la muerte. No había esperar nada significativo en el tiempo de la vida terrenal. La vida (cristiana) consistía en prepararse para la muerte.

Fue el cristianismo tradicional el encargado de perseguir la pereza. Uno no podía estar durmiendo y tener la casa en desorden, por si el amo se

presentaba inesperadamente, por si la muerte llegaba de repente y uno tuviera que abandonar el mundo con todo a medio hacer.

El cristianismo era pesimista respecto a la posibilidad de mejorar el hombre. El humanismo, en cambio, es optimista. El humanismo es utópico y está muy diversificado en escuelas, pero fundamentalmente dice que, con pecado o sin pecado (porque también hay un humanismo cristiano, que, en realidad, ha sustituido al cristianismo casi completamente), el hombre es capaz de construir un mundo mejor y es capaz de mejorarse a sí mismo. En el texto fundacional del humanismo (el *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Giovanni Pico della Mirandola), se atribuían al ser humano cualidades casi divinas y se lo invitaba a esforzarse por ser como los ángeles y no como los brutos animales. Innumerables textos europeos posteriores copiaban el modelo, poniendo en manos del hombre la responsabilidad de mejorarse. En los primeros textos de la nueva era se contaba todavía con la ayuda de Dios (como en los premodernos textos de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio), pero a medida que el humanismo iba imponiéndose, se confiaba más y más en las posibilidades

humanas: la confianza ilustrada en la razón y en el progreso es, seguramente, el mejor ejemplo de ello. La era del humanismo, por lo tanto, también representaba una refutación, una condena de la pereza. La defensa del progreso, pertrechado con la razón, la ciencia (tal como se puso de moda en el siglo XIX) o a través del mero desarrollo económico (cuyas leyes estudió tan destacadamente Adam Smith en la *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*), iba en contra del vicio de la pereza. ¡Había tanto que hacer! Hasta el protestantismo, que nació con una visión muy negativa de las posibilidades humanas y rechazando el humanismo de la nueva era, acabaría sucumbiendo ante una filosofía productivista, contraria, por lo tanto, a la pereza, tal como explicó hace tiempo Max Weber en su clásico libro acerca del origen del capitalismo. De esta raíz centroeuropea es, en el fondo, de donde proviene la noción de que el trabajo nos hace libres, y que, por lo tanto, la pereza nos esclaviza.

Y así, a pesar de que el humanismo iba sustituyendo al cristianismo en todos los ámbitos de la cultura, la pereza continuaba proscrita. El siglo XX vio nacer nuevas escuelas del humanismo. El fas-

cismo, el nazismo, el socialismo, eran llamadas a la acción y a la construcción de una sociedad nueva. Marx se hizo famoso por sus diatribas contra las clases improductivas y vampirizadoras, y nadie —excepto su maestro Hegel— hizo jamás una defensa tan cerrada de la necesidad y dignidad del trabajo. La pereza, por lo tanto, imposibilitaba la actualización y la expresión de la verdadera naturaleza humana. Fue en la URSS donde nació la que, tal vez, fuese la refutación más rabiosa de la pereza. Nos referimos, claro está, al estajanovismo: algunos obreros de Stalin decidieron, por su cuenta, aumentar la producción por encima de lo que el régimen marcaba. Y no fueron aniquilados, sino elogiados y puestos como ejemplo. Muy sintomáticamente, los historiadores suelen poner la ineficiencia posterior y la falta de estímulos (la pereza, en definitiva) como lo que, en última instancia, hizo que ese régimen se derrumbara. Es sintomático porque, de hecho, algo similar al estajanovismo inundó ideológicamente aquella parte de Europa que permaneció fiel al humanismo liberal y al capitalismo. La eficiencia, la búsqueda de la productividad y la necesidad de competir pedían que se proscibiera la pereza. Y la idea de

que había que prohibir la pereza se exportó con un éxito insospechado a aquellos países asiáticos a los que también se trasladó el capitalismo al acabar la Segunda Guerra Mundial. Japón y Corea del Sur son famosos por sus índices de productividad —así como por sus índices de suicidios, de incidencia del síndrome del estrés laboral y de mortalidad por exceso de trabajo.

Ya nadie se retira de un mundo enloquecido por la productividad. Ya nadie se retira a un monasterio. Así de hondamente ha penetrado la proscripción de la pereza, a pesar de que el cristianismo, su primer perseguidor, haya sido sustituido por el humanismo. Ciertamente, al monasterio no iba uno a holgazanear: el lema benedictino *ora et labora* lo prohibía. Pero la tarea principal del monasterio era la vida contemplativa. Incluso el trabajo estaba teñido de aquella improductividad de la contemplación. También los antiguos griegos, aquellos hombres aristocráticos, consideraban la ociosidad y la vida contemplativa como lo más elevado. Para ellos, el trabajo y la actividad productiva era para los esclavos, los más desgraciados entre los hombres. La primera idea, la de que es mejor vivir en el monasterio, trabajando poco y

haciendo la más improductiva de las tareas, que es rezar, es rechazada hoy por su esterilidad, y tenía su sentido dentro de un paradigma de espera del final de los tiempos que hemos dejado fatalmente atrás. La segunda, la idea de que es mejor que trabajen las mujeres y los esclavos, nos parece, seguramente con razón, un modelo patriarcal deleznable.

En definitiva: Occidente ha rechazado en teoría aquella noción de que el hombre tiene que ser redimido de sus pecados y vicios, entre los cuales está la pereza. El humanismo no tiene una idea negativa del hombre, pero, sorprendentemente, ha continuado actuando, en la práctica, como si fuera necesario redimir al hombre. A veces, ha presentado esta misión disfrazada bajo una capa más amable, afirmando que tenemos que desarrollar todas nuestras potencialidades. Sea como fuere, ha continuado persiguiendo la pereza.